

Raíces en el equipaje

(Continuación)

FRAGMENTO VII

CAMINO DE REGRESO A LA PATRIA. 1920

En Argentina seguimos viajando en tren, desde Córdoba hasta Buenos Aires. Al pasar por un pequeño pueblo, subió un hombre que en cuestión de segundos me arrebató mi billetera. Bajó corriendo y yo detrás. Traté de perseguirlo. Pero ya había desaparecido, y con él mi dinero (novecientos pesos argentinos). Así, me encontré de pronto solo, en un pueblo desconocido, pues como el tren no se detuvo, no pude subir de nuevo. Alcancé a gritarle a mi amigo Harms que me esperase en el Hotel Jouston de Buenos Aires.

¿Qué hacer ahora? Fui a estampar la denuncia a la policía. Esto no sirvió de mucho, puesto que ni me acordaba de la cara del ladrón. Además, la policía trabajaba en forma lenta y engorrosa. Por supuesto, no encontraron al pillo. En general, sentí que todos me miraban con cara de lástima y algo de burla: era el gringo tonto que viajaba con tanto dinero sin preocuparse de los ladrones. La desazón que sentí durante la cabalgata por la cordillera, se profundizó. Tal vez ya no servía para vivir en las ciudades, tal vez mis años de minero y la soledad me habían transformado para siempre. ¿No sería mejor volver a Bolivia? Estuve tentado de desechar mis planes de viaje. Tuve que pasar una noche en un sencillo hospedaje, que me fue ofrecido por los policías. Por fortuna eran gentiles y me ayudaron en mi desesperación. Me cambiaron el boleto de tren por uno nuevo, sin cobrar nada, pues sabían de mi problema. Cuando me reuní con Harms en Buenos Aires, su ánimo optimista me reconfortó. Me convenció de seguir adelante. ¿Qué distinta era su forma de enfrentar la vida!

-El dinero ya se perdió, no piense más en eso- me dijo-. Le mandaré más desde Bolivia, y trataremos de disminuir nuestros gastos. ¡No sea gallina y acompañame a Alemania!

Me dejé contagiar por su entusiasmo, y mandé a pedir más dinero de mi cuenta de ahorro en Bolivia. No fue fácil conseguir pasajes para viajar a Europa. Ya no había barcos alemanes, pues la flota tuvo que ser entregada a los aliados. Ahora, los holandeses se encargaban de trasladar a los alemanes hacia su patria, y hacían un suculento negocio. Todos los barcos estaban copados; los pasajes se vendían con cuatro meses de anticipación. Así pues, tuvimos que esperar.

MI AMIGO HARMS NO SE APROBLEMABA:

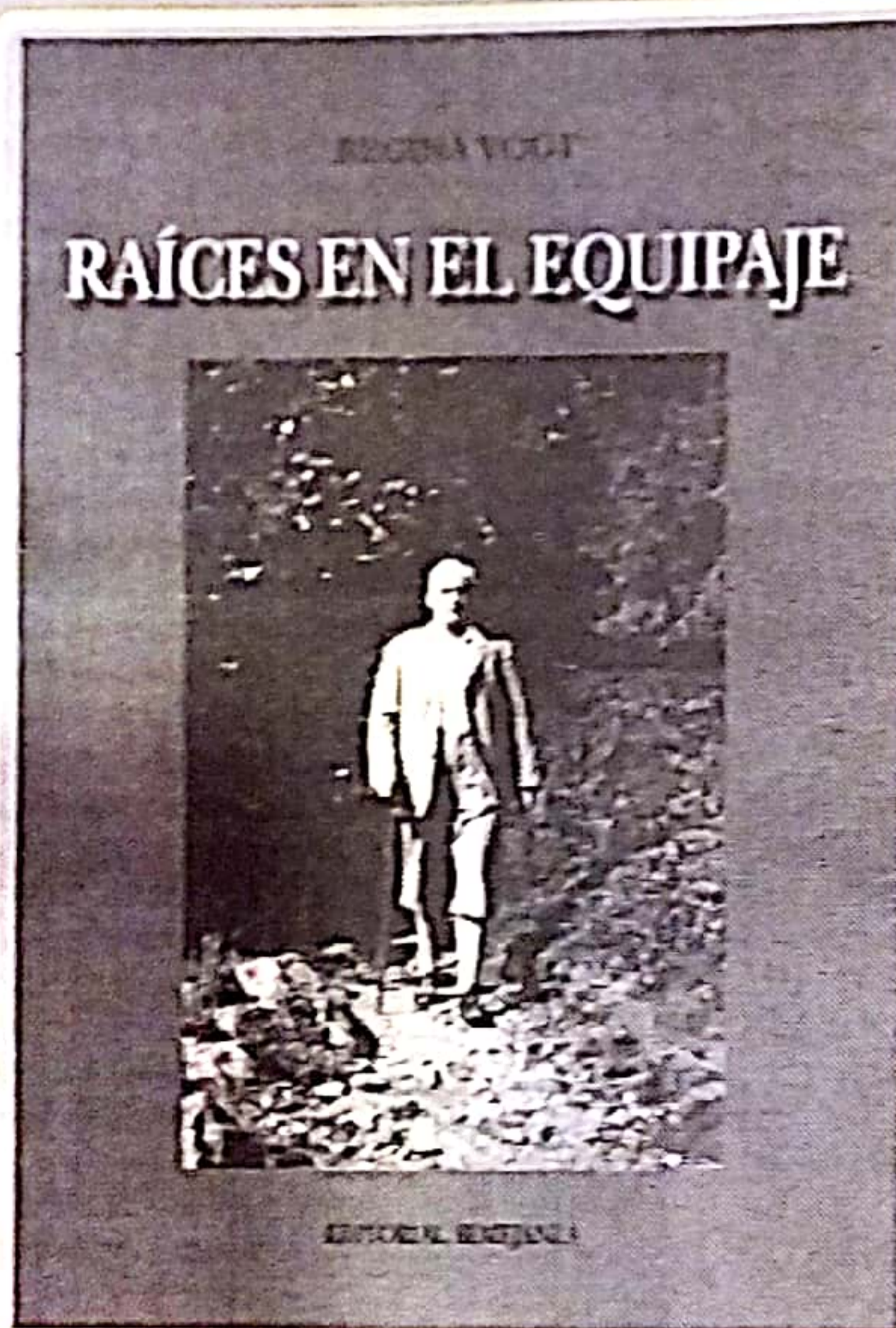
-Aprovechemos de recorrer Buenos Aires; hay mucho en qué entretenerse por aquí.

Durante más de cuatro semanas nos dedicamos a pasear por el puerto. Siempre había algo interesante que observar. Además, Harms era muy amistoso, y pronto consiguió hacer contacto con varios alemanes, que frecuentaban los bares. Nunca nos faltó compañía de tertulia por las noches. Antes de lo esperado, nos ofrecieron dos pasajes de segunda clase, en un barco holandés. Aceptamos de inmediato, y nos despedimos de nuestros nuevos conocidos. Esta era la última despedida en tierra sudamericana.

El viaje se nos hizo corto; las ansias por regresar iban en aumento, a medida que pasaban los días. Harms disfrutaba de la contundente comida holandesa y del pésimo vino tinto argentino. También podía pasar horas sentado junto a sus nuevos amigos brasilerños, tomando mate y fumando puros. A mí me dolía el estómago. No sé si era la comida, la ansiedad del regreso, o si todavía me angustiaba por el dinero perdido. Me había vuelto muy apegado a este último, y la pérdida me causaba gran aflicción. Me sentía enfermo, y no sabía la causa.

Una tarde calurosa de julio, por fin llegamos a Amsterdam. Lo primero que sentí fue un aroma intenso a heno y flor de tilo. ¡El aroma de la patria! Despertaba sensaciones olvidadas por muchos años: atardeceres de verano, tibieza de paseos estivales. Me sorprendió lo largo que eran los días en aquella época del año, también lo había olvidado. A las diez de la noche aún se veía un poco de luz. El aire era templado, tan distinto al aire de la Cordillera de los Andes. Los colores y sonidos, incluso la luz, me parecieron moderados, de una extraña suavidad, de terciopelo. Eran la luz y los colores de Rembrandt; los antiguos cuadros holandeses.

Una alegría indescriptible me invadió al pisar nuevamente el suelo del Viejo Mundo. Todavía no estaba en Alemania, pero ya todo me era familiar. Amsterdam bullía llena de vida. En las calles se veía gente elegante, muchas bicicletas, y pocos automóviles. Nos detuvimos frente a un puesto de comida: vendían arenques ahumados. Con el primer bocado regresé a la infancia; los recuerdos ahora comenzaban a atropellarse en mi mente. ¡Cuántas veces había disfrutado de este sabor durante las tan anheladas tardes en los parques de diversiones! Mi madre nos daba algunas monedas (siempre eran



pocas, por cierto), y cada uno de nosotros decidía qué hacer con ellas. Yo nunca pude resistir a la tentación de los puestos de arenque; y así, mi dinero se acababa rápidamente.

Ahora, con mi amigo Harms nos detuvimos en varias ocasiones durante ese largo día, y disfrutamos de aquella delicia tan añorada durante los años de minero. Para acompañar la comida, nada mejor que un vaso de cerveza. ¡Esto sí que era cerveza! Después del primer sorbo, nos miramos, y con asombro constatamos que en varios años no habíamos probado algo igual. ¿Cómo habíamos podido beber aquel brebaje que se hacía pasar por cerveza?

Cuando por fin saciamos nuestro apetito, y la vorágine de las primeras impresiones comenzó a declinar, nos acordamos con vergüenza de nuestros parientes. Nosotros estábamos aquí, comiendo y bebiendo con gula; y ellos seguramente pasaban hambre. Para aliviar un poco nuestra conciencia, les preparamos grandes paquetes de víveres. ¡Qué contentos se pondrían, al recibir de nuestras manos tocino, café, cacao y otras exquisiteces que les llevaríamos! Esperábamos aquel encuentro cada vez con más impaciencia. Aprovechamos de enviarles un telegrama, en el que anunciábamos nuestro viaje a casa.

Al día siguiente nuestros caminos se separaron. Harms seguiría su viaje hacia Hamburgo, y yo tenía que tomar un tren con rumbo a Leipzig. Compré un pasaje de tercera clase, y mi sorpresa fue muy grande, al constatar lo limpio y ordenado del vagón. En la prensa sudamericana se hablaba muy mal de los trenes alemanes, decían que estaban deteriorados por la guerra. Por

lo visto, esto no era cierto. Almorcé en el tren: la comida era sencilla, pero sabrosa. La disfruté mucho más que la pesada comida holandesa. Sólo cuando me sirvieron el café con sacarina, porque no había azúcar, me di cuenta de la escasez.

En Leipzig cambié de tren, para seguir viaje rumbo a mi pequeña ciudad natal: Greiz. Al pasar por Plauen (ciudad muy cercana a Greiz), escuché por primera vez, después de ocho años, a una niña hablando con su madre en nuestro dialecto. ¡El idioma de la infancia! A medida que nos acercábamos al destino final, mi estómago se hacía cada vez más presente; los dolores iban en aumento. No podía negar que estaba muy nervioso. ¿Cómo me recibirían mis padres, después de tantos años? ¿Cómo estarían mis hermanos? ¿Qué les diría al saludarlos? La mezcla de emoción y temor era inevitable.

En la estación me esperaban mi padre y mi hermana Marie. La figura alta y severa de mi padre era inconfundible. Parecía tan sereno, como si no nos hubiésemos separado nunca, como si la guerra sólo existiera en los periódicos y en mi mente. Su rostro adusto no dejaba entrever ninguna sombra de emoción: sólo al apretar mi mano y mirarme fijamente a los ojos, vislumbré un destello que me dio la certeza de su profunda alegría. Su voz tembló un poco al saludarme con todo el cariño que le era posible demostrar.

-¡Qué bueno que estés aquí, por fin! Tu madre se ha preocupado mucho y te espera con ansias. Debes estar cansado de tanto viaje; déjame ayudarte con las maletas.

Mi hermana sólo me miraba con ternura; no le era posible demostrar su emoción, había mucha gente alrededor. No era costumbre expresarse tan abiertamente en público; y mi familia era especialmente reservada. ¡Si supieran lo comunicativos y abiertos que eran los sudamericanos! Ya tendría tiempo de contarles. En casa me esperaban mi madre y mi hermana Gertrud. Me asusté bastante al ver a mi querida madre. Su rostro no podía ocultar las huellas de la guerra; estaba muy seria; profundos surcos enmarcaban su boca en un gesto amargo. Sus ojos parecían apagados; la angustia de tantos días de incertidumbre por la vida de sus hijos ya nunca se podría olvidar. Nos abrazamos sin decir una palabra, en un abrazo largo y dolido. Luego me apartó un poco para poder mirar mi cara; parecía querer impregnarse de cada rasgo. Su mirada me escudriñó durante unos instantes que parecieron eternos. ¡Qué profundas son las miradas de las madres! Saben todo y no preguntan nada.

Quise desviar la atención y celebrar estos momentos:

-Iré a comprar dos botellas de champaña. ¡Tenemos que hacer un brindis por este reencuentro!

-Para qué incurrir en gastos innecesarios- sonó la voz imperturbable de mi padre-. Si quieres beber alcohol, todavía tenemos vino blanco en casa. Nosotros tomaremos té.

(Continuará)